

Paisaje cacereño

POR CRESCENCIO RUBIO SÁEZ

HE vivido en ciudades de gran sabor arcaico, de rancias piedras seculares, de callejuelas y rinconadas legendarias: Toledo, Burgos y Granada, Cáceres. He pasado por otras que les son parejas en decires de antigüedad y de tiempos heroicos: Segovia, Avila. Córdoba y Sevilla. Todas ellas y otras más de las muchas que pudieran relacionarse, son, en el lenguaje centenario de sus piedras, historia viva y palpitante que pregona grandezas y amonesta e incita a generosa estimulación. Son también museo abierto de arte en las líneas atrevidas, o llenas de sobriedad y aticismo, de sus construcciones venerandas. Son ciudades gratas al recuerdo. Su paisaje es rosado y dulce como aquel atardecer de celajes áureos de nuestras mejores impresiones.

En riqueza de emotividad en el conjunto panorámico, en ese juego armonioso de líneas y colorido que ofrece la visión total de una ciudad en lejanía, reclaman juntamente la mejor atención Toledo y Granada. Y a la par airosamente, Cáceres. Belleza múltiple y eterna la de esas ciudades. ¿Quién no ha gozado contemplándolas? ¿Quién no goza todavía con su recuerdo? Contempladas a distancia son de belleza magnífica desde cualquier punto que se tome para observación; recorridas en sus interioridades y callejuelas guardan emociones gratísimas a cuantos llevan el alma dispuesta a la captación de sus enseñanzas y misterios. Pasados los años, se nos aparecen todavía cual imágenes de ensueño, cual dulce visión de leyenda dorada.

Cáceres reúne en sí todos los matices. Y tiene una enorme originalidad. Carece de ejemplares considerados, y que son únicos. Pero ella misma tiene que ser considerada, y es única. No buscamos esa catedral que por sí sola, ornamenta un pueblo y jalona una época o figura un estilo. Ni un castillo. Ni un alcázar. Bien quisiera yo saber comparar, unas con otras, nuestras inconmensurables poblaciones turísticas, simbolizando a cada una con sus propios y específicos merecimientos. Todos hemos saboreado sus bellezas, pero reconocemos y proclamamos la dificultad para ensalzarlas certeramente. Cáceres es ignorada turísticamente. Y ello pese a su incomparable valor histórico y legendario, a pesar de toda la rica variedad de matices que ofrece su conjunto panorámico. Cáceres es única en ese aspecto de ciudad vieja, antigua, inconfundible. La parte de población moderna ha discurrido diferenciada de lo venerablemente vetusto, sin dañarle su sabor. El Cáceres viejo ha quedado como un reducto sagrado, con toda la emoción que ahora puede producirnos lo arcaico con sus piedras multiseculares.

Podrá decirse de Cáceres que no tiene un monumento, o ninguno

característico; pero habrá de admirar y loarse que lo es toda ella en su conjunto estupendo y único. Y desde lejos encanta por su visión airosa y llena de majestad prócer. Sus torres esbeltas al par que solemnes. Sus moles macizas de amplio contenido. El lienzo amurallado. El variado dibujo de sus contornos. Gracia y luz y armonía. Su paisaje es bello, es agradable, es emotivo. Cáceres, ciudad también de turismo. Esas coronas señoriales. Esas plazas de tan típico modo hijodalgo. Esos recovecos de calle misteriosa y esas rinconadas propicias a la leyenda. ¡Por qué mantener oculta tanta filigrana legendaria, tanta emotividad heroica y artística, tanta lección de historia como rezuman sus reliquias monumentales!

No soy nacido en Cáceres como tampoco en ninguna de las otras capitales famosas. Pero, español, me gozo intensamente de su gloria y de que sean ornamento de mi patria. En la sangre de los míos corre también ardiente la extremeña; no creo que por ello me ciegue la pasión cacereña al sentirme entusiasmado con la visión magnífica y tan pintoresca de nuestra ciudad. Cáceres reclama en justicia un lugar preferente entre las mejores poblaciones caracterizadas para el turismo. No es de mi incumbencia señalar caminos, pero sí puede serlo lamentar el hecho doloroso de tan injusta postergación. Que nadie se vea privado de poder beneficiarse en su estudio y contemplación, saboreando los embelesos de esta ciudad encantada que es el Cáceres viejo. Ciudad encantada. Museo pétreo, pero vivo, y aislado del mundanal ruido. Evocación perenne de la historia: Siglos abiertos y a que dan paso las portaladas y dinteles de las colosales mansiones señoriales. Se precisa abrir las puertas del turismo, facilitar los accesos, para que todo el mundo venga a revivir un pedazo de vida de siglos pretéritos, como entraña el paso cabe las casonas palacios de ese Cáceres olvidado de las gentes. Cáceres viejo: Cáceres ciudad encantada.

Mayo de 1949.